

Libro de Horas del Obispo Juan Rodríguez de Fonseca



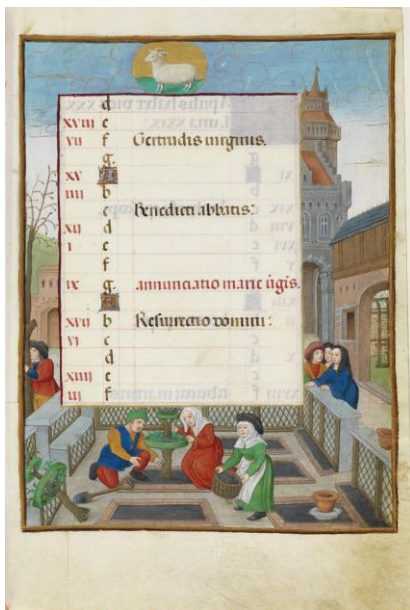
Este espléndido manuscrito iluminado recibe su nombre de quien fuera, posiblemente, su propietario original, el obispo Juan Rodríguez de Fonseca. Cuando se concibió Las Horas de la Virgen como un libro devocional de uso particular laico, seguramente nadie previó el enorme éxito que iba a tener con el paso de los siglos (XIV y XV). Cuando lo adquirió el obispo puede decirse que lo poseían burgueses acomodados, nobles secundarios y los más poderosos, reyes y miembros de las familias reales. Además es posible que lo hubieran elegido para sus rezos diferentes miembros de la Iglesia, como el obispo Fonseca.

Pertenecía éste a una familia de origen portugués, muy conocida en tiempos de los Reyes Católicos, época en la que proporcionaron algunos prelados importantes a la Iglesia española. Los monarcas depositaban su confianza en algunos clérigos –Fonseca es una muestra– a los que ayudaban a realizar un *cursum honorum* en tanto que les servían en misiones delicadas, aprovechando su lealtad y, asimismo, su preparación en leyes y en latín.

Juan Rodríguez de Fonseca fue uno de estos hombres. Sucesivamente ocupó las sedes episcopales de Córdoba, Badajoz, Palencia y Burgos (incluso parece que se le propuso para el arzobispado de Santiago de Compostela, cargo que rechazó). Como representante de los reyes hubo de viajar a los Países Bajos, entrando en contacto con un medio artístico que entonces era el preferido por el gusto hispano. Aprovechando estas embajadas compró ciclos de grandes tapices ya ultimados y encargó otros que no llegó a ver, retablos para un espacio privilegiado que preparó en el trascoro de la catedral de Palencia, vestiduras ricas, etc. Y sobre todo, el libro de horas que lleva su nombre. A su muerte dejó en el testamento casi todos los

objetos adquiridos a las catedrales de Palencia y Burgos, pero no se nombran *Las Horas*. Quizá por sus características personales prefirió legarlas a un particular que bien pudiera haber sido su hermano Antonio Fonseca, albacea testamentario.

El excelente y rico manuscrito debía de estar listo ya cuando lo adquirió y sólo faltaba completarlo con el añadido de la heráldica que empleó con generosidad. Se trata de una pieza que bien pudiera haberse compuesto hacia 1495-1500, ornamentado con el rico repertorio de la llamada escuela de Gante-Brujas, que se genera hacia 1470-1475, comenzada por el anónimo miniaturista conocido como Maestro de María de Borgoña. Los márgenes rectangulares se cubrían con una lámina de oro o se pintaban imitándola. Sobre ella se representaban plantas, animales, escenas en las que participaban personajes humanos, de un sorprendente realismo que producían un acusado efecto de trampantojo o *trompe l'œil*. Véase como muestra la ornamentación del folio con los laudes de la Virgen y la Visitación, contrastada con la del rey David al inicio de los Salmos. La primera se desarrolla en un ámbito rural y en un hermoso paisaje animado por una gran casa, trasunto de las que debían poseer los burgueses acomodados en las ciudades importantes.



Una de las partes más cuidadas acostumbra a ser ahora el calendario, que se había incorporado al libro de horas en fechas muy antiguas y que recrea escenarios de la vida cotidiana en la ciudad y el medio rural o se complace en la inclusión de elementos simbólicos. El del manuscrito es en especial excelente y variado. El miniaturista concibe el escenario como algo que debía ocupar todo el folio, pero que parece en parte tapado con una hoja (de nuevo el trampantojo) en la que se encuentran los santos del mes, algunos de culto universal y otros elegidos por estar vinculados bien a quienes encargaron el códice o a la sede episcopal en cuyo territorio se realiza.

Abundan las escenas de género, es decir, las relativas a la vida popular y de contenido no específicamente religioso, como los eventos festivos, bodas, etc., prelude de aquellas que desde mediados del siglo XVI harán famosa a la pintura flamenca.

Aquí destaca el frío combatido en enero por gentes bienestantes en torno a una mesa y a una chimenea monumental. En septiembre, se lleva a cabo la vendimia, vieja historia desde tiempos romanos. Quizá la más curiosa y equívoca sea la escena de junio (f. 8v.). Un «loco»

llama a la puerta de una casa de baños. ¿Lo es en realidad o se trata de un prostíbulo? Encontramos en primer término a un hombre casi por completo desnudo que es atendido por tres mujeres de formas opulentas y pechos henchidos, dos de las cuales cuidan de su higiene mientras la otra se ocupa de agrandar a la figura masculina. Por otro lado, es uno de los folios en los que Fonseca decidió colocar su heráldica. ¿Hubo alguna intención? En cierta medida va de acuerdo con su carácter y un cierto sentido del humor. Pero por otra, la presencia del loco nos trae a la memoria la *Nave de los locos* (que somos todos) de Sebastian Brant, crítica con la actuación de la humanidad cuya locura condena.

Aun en aquellos manuscritos con pocas ilustraciones, *Las Horas*, después del Oficio de la Virgen, suelen complacerse en el de los muertos, representándose alguna escena reflejo de los funerales reales. En el nuestro, mucho más rico, tampoco faltan, pero se ha preferido recordar la Resurrección de Lázaro (f. 132v.). Sucede en el claustro de una catedral o un convento. Jesús ha devuelto la vida a su amigo. Junto a él está Magdalena y es difícil identificar a Marta. Todo es más complejo por el enmarcamiento arquitectónico, pero entre los textos y las formas destaca en la parte baja una calavera y un letrero en latín que dice: «¡Oh muerte, que amarga es tu memoria!»

En realidad, las imágenes del anónimo maestro conocido como *Maestro del Oracional de 1500* son muchas y de notable calidad. Unas más personales y otras muy semejantes a las producidas en el medio Gante-Brujas, como la bellísima Virgen entronizada con el Niño rodeados de ángeles. Todo ello lo convierte en una de esas obras maestras que produce la escuela en el final de la Edad Media.

A la escuela de Gante-Brujas pertenecen nombres tan ilustres como los de Gerard David, Alexander y Simon Bening, Gerard Horenbout, etc. Todos ellos han dejado una huella indeleble en la historia de la miniatura. Esta escuela opera un importante cambio en la concepción de las miniaturas y de las orlas. Los personajes se agrandan, se matizan mucho más los rasgos de sus caras para que puedan expresar sentimientos. Pero sobre todo se opera un cambio fundamental en las orlas, en las que descubrimos una imaginación desbordante y uno efectos especiales –como la tridimensionalidad de muchos animales que dan la sensación casi de movimiento– que terminan por crear un nuevo estilo.



Más de un crítico de arte ha querido ver en el *Libro de Horas del Obispo Fonseca* la mano directa de alguno de estos grandes de la miniatura flamenca, por su similitud de rasgos y estilos con alguna otra pieza importante adscrita igualmente a esta escuela, como es el caso, por ejemplo, del célebre *Libro de Horas de los Rothschild*.

De momento, y hasta que un estudio más pormenorizado no autorice otras hipótesis, la prudencia aconseja seguir atribuyendo las miniaturas del libro de Fonseca, en su mayor parte, al anónimo maestro del oracional del 1500. Pero no se puede descartar que esas futuras indagaciones nos deparen sorprendentes nexos con alguno de esos míticos nombres, o con algún otro de la talla de Memling, Van der Goes, o composiciones directamente inspiradas en cuadros de Van Eyck.



De lo que no cabe duda es de que estamos ante un ejemplar extraordinariamente rico por su ornamentación, con un calendario fastuoso y con detalles ricos en todo tipo de técnicas y matices flamencos que le convierten en un manuscrito no sólo de gran calidad, sino de primera categoría.

No es la primera vez que se ha hablado de que la belleza de un libro de horas como éste exigía una buena réplica en facsímil. En SILOÉ hemos acogido la insistencia de diversas instancias en este sentido, y estamos orgullosos de poder emprender con entusiasmo esta hermosa tarea.